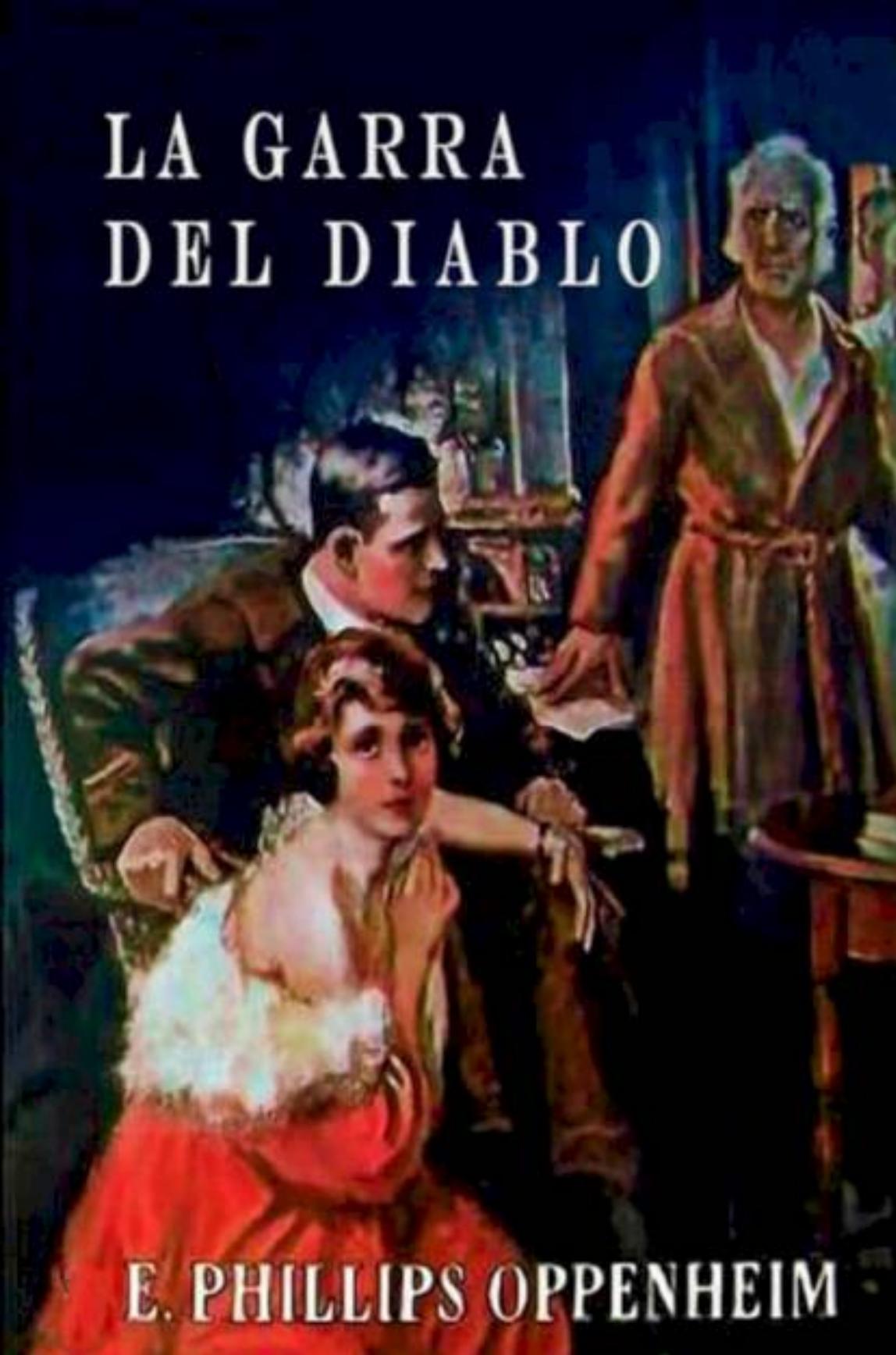


LA GARRA DEL DIABLO



E. PHILLIPS OPPENHEIM

El argumento de esta novela lo constituye un diabólico plan trazado por el Estado Mayor alemán durante la Guerra Mundial, en virtud del cual los laboristas ingleses presentan unas condiciones de paz alemanas al Gobierno británico, que las rechaza, y, entonces, los Sindicatos amenazan con una huelga revolucionaria. En este gravísimo momento, una joven aristócrata y un noble inglés que se han sumado al movimiento popular por sus ideas humanitarias, descubren la falacia alemana y la traición de un dirigente laborista británico, vendido a Alemania.

Capítulo primero

Los dos hombres, únicos habitantes de una salita algo desordenada, fueron despacio hacia la puerta. Parecían amigos íntimos, completamente satisfechos de los alrededores y la compañía. Fuera, el viento bramaba sobre las marismas y, de vez en cuando, ráfagas de lluvia chocaban a torrentes contra los cristales de la ventana. De todos modos, dentro, el confort triunfaba sobre los variables elementos. El mantel que cubría la mesa era de fino hilo; la botella y los vasos estaban delicadamente tallados; y, en un rincón apartado, cigarros de una conocida marca y cigarrillos de un fabricante famoso. Sin embargo, fuera de este pequeño oasis se advertían todos los indicios de una casa alquilada. Un agujero en las cuidadosamente corridas cortinas estaba unido por un imperdible. Los sillones, rellenos de clin, soportaban su desfigurada cubierta; las fotografías que adornaban los muros eran grotescas y típicamente de pueblo; la alfombra estaba raída; la bien cerrada puerta asegurada por un cerrojo en vez del acostumbrado tirador. En un rincón de la habitación se amontonaban en desorden palos de golf, un enorme zurrón y algunas cajas de cartuchos. Dos escopetas yacían sobre los restos de un sofá. Apenas hacía falta ver el traje de Miles Furley, el anfitrión, para comprender que se trataba del domicilio temporal de un aficionado cazador en las marismas de Blakeney.

Furley, de anchos hombros, encarnado, de piel curtida y cabellos grises, llevaba aún las altas botas de agua y el jersey de cazador. Por el contrario, su compañero, un hombre alto y delgado de ancha frente, claros ojos, obsti-

nada mandíbula y correcta y sensitiva boca, llevaba el usual traje de etiqueta de la civilización.

Verdaderamente el contraste entre los dos hombres podría haber deparado alguna base para especular sobre la naturaleza de su intimidad.

Furley, un hijo del pueblo, tenía aire de agricultor, estilo plebeyo que se evidenciaba especialmente en sus palabras y en sus gestos. Era miembro del Parlamento por un distrito obrero, un sagaz y valiente exponente del evangelio del trabajador. Lo que le faltaba en más altas cualidades de oratoria lo compensaba con firme sentido común. Representaba un sólido elemento entre los políticos laboristas británicos y era bien sabido que había rechazado un asiento en el Gabinete para poder conservar una absoluta independencia. Era notablemente taciturno, lo que en un hombre de su clase contribuyó a su poder y, refiriéndose a él hizo el Primer Ministro su famoso epigrama: «Qué Furley era el hombre de quien recelaba más y al que temía menos».

Julián Orden, con un porte más prometedor, por muchas razones, que el de su amigo podría vanagloriarse de una simpar distinción. Era el hijo más joven de un noble residente en la vecindad; había empezado la vida como abogado, en cuya profesión alcanzó un notable éxito; había disfrutado una breve, pero no oscura, temporada de milicia de la que se retiró ligeramente mutilado para toda la vida, y había empleado el tiempo restante en la inocente ocupación de censor. Su amistad con Furley parecía, a primera vista, demasiado singular para ser algo más que accidental.

—¿Qué significa todo ese discurso de paz? —preguntó Julián Orden tecleando su vaso de vino.

—¿Quién sabe? —gruñó Furley.

—Tengo una idea de lo que se está tramando.

—Un negocio, ¿eh?

Julián Orden se agitó en su asiento con inquietud.

–No lo cree, ¿verdad? –preguntó tranquilamente.

Furley miraba al frente. Sus ojos parecían fascinados por el brillo de la luz sobre la botella de cristal tallado.

–Ya sabe mi opinión sobre la guerra, Julián –dijo–. Es una inmundicia, una intolerable herencia procedente de las generaciones de régimen autocrático. La democracia nunca quiso la guerra. Toda democracia necesita y desea la paz.

–Un momento –interrumpió Julián–. Debe recordar que una democracia rara vez posee aliento imperialista y un gran imperio apenas puede sobrevivir sin él.

–¡Notorio desatino! –fue la vigorosa respuesta–. Un gran imperio, que vaya de un hemisferio al otro, puede mantenerse unido muchísimo mejor con un control democrático. La violencia es siempre el «*arrière pensée*» del individuo y del autócrata.

–Eso son generalidades –declaró Julián–. Quiero conocer su opinión sobre una paz en el momento presente.

–No tengo ninguna. Por su propia confesión sé que usted, Julián, es un periodista diletante y no quiero que me descubra.

–Entonces, ¿es que hay algo importante?

–Quizá –fue la indiferente concesión–. Usted, Julián, es un huésped de los que valen la pena. ¿Tiene que regresar mañana?

Julián afirmó con la cabeza.

–Esperamos otra tanda de visitantes... Stenson entre ellos.

Furley agitó la cabeza. Sus ojos se estrecharon y pequeñas arrugas aparecieron en sus esquinas.

–No puedo imaginar –confesó– lo que trae a Stenson a Maltenby. Creía que vuestro gobernador y él no podían pasar diez minutos juntos sin pelearse.

–Nunca han pasado diez minutos juntos... y solos –replicó Julián secamente–. Yo me cuido de eso. Además mi madre, ya lo sabe, tiene la habilidad de reunir a la gente

interesante. Viene el Obispo, entre otros. Y, Furley, yo quería preguntarle: ¿sabe algo de una joven –creo que es medio rusa–, que se hace llamar *miss Catherine Abbeway*?

–Sí, la conozco.

–Parece que vivió algunos años en Rusia –continuó Julián–. Su madre era rusa, escritora de temas sociales.

Furley afirmó con la cabeza.

–*Miss Abbeway* es también bastante de ese estilo –indicó–. Escuché su conferencia sobre el Extremo Oriente. En la cuestión laboral ha conseguido mantener el puesto de las mujeres tan bien como el mejor con quien me haya tropezado nunca.

–Es una joven notablemente atractiva –declaró Julián, pensativo.

–Sí, es guapa. Condesa por derecho propio, me dijeron; pero mantiene secreto su título por miedo a perder influencia entre las clases trabajadoras. ¿No ha pensado que habría sido su suerte, Julián?

–¿Por qué?

–Se pone demasiado serio.

Julián sonrió con una peculiar, introspectiva sonrisa. –Yo también puedo ser serio algunas veces– dijo. Su amigo metió las manos en los bolsillos del pantalón y reclinándose en su silla miró fijamente a su huésped.

–Creo que puede, Julián –admitió–. Algunas veces no estoy muy seguro de comprenderle. Eso es lo peor en un hombre con capacidad para el silencio.

–Usted mismo no es un gran hablador –recordó el joven a su anfitrión.

–Cuando me encuentro ocupado en mis temas –señaló Furley– hallo difícil apartarme de ellos y usted es un oyente admirable. ¿Ha logrado tener algunas opiniones propias? Nunca las he escuchado.

Julián acercó los cigarrillos.

–¡Oh, sí, tengo opiniones propias! –confesó–. Quizá algún día conozca cuáles son.

–¡Un hombre misterioso! –se burló su amigo de buen humor.

Julián encendió su cigarrillo.

–¡Hablemos de los patos! –sugirió.

Capítulo II

Los dos hombres permanecieron en silencio durante unos minutos. Fuera la tormenta parecía haber crecido en violencia. Furley se levantó, echó un leño al fuego y volvió a su sitio.

–El ganso vuela alto –observó.

–Demasiado alto para mí –confesó Julián.

–Usted consiguió uno... Más de lo que yo logré.

Furley llenó el vaso de su invitado y luego el suyo propio.

–¿Para qué ha conservado puesto su equipo de caza? –preguntó Julián con perezosa curiosidad.

Furley miró su incongruente atavío y por un momento pareció sentirse poco a gusto.

–Tengo que salir dentro de poco –anunció.

Julián alzó las cejas.

–¡Salir! –repitió–. ¿En una noche como esta? Pero, mi querido amigo...

Se detuvo bruscamente. Era un hombre de percepción rápida y se dio cuenta del embarazo de su anfitrión. No obstante, se produjo una difícil pausa en la conversación. Furley se levantó y frunció el ceño. Fue a buscar un bote de tabaco de un estante y llenó su petaca pausadamente.

–Siento parecer misterioso, viejo camarada –dijo–. Tengo un poco de trabajo que hacer. No es de ninguna monta, pero... bueno, es la clase de asunto de que no debemos hablar mucho.

Julián hizo un gesto con la cabeza.

–Bueno, ¡que disfrute de todas las diversiones que pueda alcanzar en una noche como esta!

Furley dejó su recién cargada pipa y se bebió de un trago el vino de Oporto.

—¿No hay precisamente mucha diversión en el mundo ahora, verdad? —observó gravemente.

—Muy poca, realmente. Hacía tres años que no manejaba una escopeta de caza.

—¿De verdad ha dejado la censura?

—La semana pasada. He pasado un año en eso.

—¿Y se cansó?

—No es precisamente cansancio. Mi propio trabajo se acumulaba.

—Hace usted informes, ¿eh?

—Soy también una especie de periodista, como me recordaba usted hace un momento —explicó Julián un poco evasivamente.

—Me maravillo de que pasara tanto tiempo en la censura. ¿No es terriblemente aburrido?

—A veces. No obstante, de vez en cuando tropezamos con cosas interesantes. Yo, por ejemplo, descubrí una clave muy original.

—¿Conduce a algo? —preguntó Furley curiosamente.

—Por ahora no. La descubrí estudiando un telegrama de Noruega. Estaba dirigido a una firma, completamente respetable, de unos comerciantes en maderas, ingleses, que tienen un despacho en la City. El original era éste:

«Tablones abeto demasiado cortos por la mitad». Parece bastante inocente, ¿verdad?

—Absolutamente. ¿Cuál es el sentido oculto?

—Estoy todavía perplejo —confesó Julián—; pero, tratado con clave, resulta así: «Treinta y ocho agujas sobre el granero.»

Furley miró fijamente un momento; luego, encendió su pipa.

—Bueno, de las dos —declaró— preferiría la primera versión en cuanto a inteligibilidad.

–Eso querría mucha gente –asintió Julián sonriendo– pero yo estoy seguro de que hay algo en eso algún sentido, sin duda, que necesita un contexto para comprenderlo.

–¿Ha inquirido informes de la firma de los negociantes de madera?

–Personalmente, no. Eso no vino a mi departamento. El apellido del hombre que dirige la oficina de Londres sé, no obstante, que es Fenn, Nicholas Fenn.

Furley se quitó la pipa de la boca. Sus cejas se habían unido en un ligero entrecejo.

–¿Nicholas Fenn, el laborista?

–Ese es el hombre. Le conoce sin duda, ¿verdad?

–Sí, le conozco –replicó Furley pensativamente–. Es el secretario del Gremio de la Madera.

–Comprendo que ahí no hay nada, personalmente, contra él –continuó Julián–; aunque, como politicastro, esté, sin duda, en el más hondo desprecio. Principió como maestro de escuela en un pueblo y se ha abierto camino y se ha elevado muy honorablemente. Pretende entender el cable tal como aparece en su forma original. Pero es muy extraño que tratado por una clave que conseguí con unos pocos días de anterioridad, ese mismo mensaje resultara tal como le dije a usted.

–Sin duda –observó Furley– las claves pueden guiarle...

Se detuvo en seco. Julián, que se había inclinado sobre la caja de cigarrillos, miró a su amigo. Se marcaba el ceño en la frente de Furley, que se quitó la pipa de entre los dientes.

–¿Qué dijo que sacó de allí?

–«Treinta y ocho agujas sobre el granero».

–¡Treinta y ocho! ¡Es curioso!

–¿Qué es lo curioso?

Hubo un momento de silencio. Furley echó una ojeada al pequeño reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

Eran las nueve y veinticinco.

—No sé si sabe, Julián —dijo—, que se supone que nuestros enemigos de la otra orilla del mar del Norte han dividido la extensión de la costa oriental de la Gran Bretaña en pequeños distritos rectangulares, cada uno de un par de millas cuadradas. Uno de nuestros chicos del servicio secreto consiguió un mapa hace algún tiempo.

—Nunca he oído hablar de eso —reconoció Julián—. ¿Y qué más?

—Naturalmente, sólo es una coincidencia —continuó Furley—; pero ocurre que el número treinta y ocho corresponde al bloque de las millas del litoral del que esta casa es, aproximadamente, el centro. Se extiende hacia Cley por un lado y hacia Salthouse por el otro. No sugiero que haya ninguna conexión real entre su cable y este hecho; pero, como digo, es una coincidencia.

—¿Por qué?

Furley se había levantado. Abrió la puerta y escuchó un momento en el corredor. Cuando volvió llevaba varios impermeables.

—Julián —dijo—, sé que es usted un poco escéptico respecto al espionaje y esta clase de cosas. Desde luego se ha exagerado mucho y muchos camaradas que se ocupan de asuntos del servicio secreto, a todo lo largo de la costa desde aquí hasta Escocia, no tienen la menor idea de lo que significa eso. Pero hay muy poco hecho y dentro de mis humildes posibilidades me han encontrado algún trabajo ocasional aquí. No diré que saquemos algo de nuestros esfuerzos —somos los aprendices del servicio secreto— pero de vez en cuando tropezamos con algo sospechoso.

—Así es por eso por lo que va a salir otra vez esta noche, ¿verdad?

Furley hizo un gesto afirmativo.

—Esta es mi última noche. Me marcho a la ciudad el lunes y no me será posible volver esta temporada.

—¿Tuvo alguna aventura?

–Ni sombra de ninguna. No me importa admitir que me he llevado muchos remojones y algunos sobresaltos en esta extensión de marismas; pero aún no he visto u oído nunca ninguna cosa de la que pudiera mandar un informe. No obstante, ocurre que esta noche hay una especial vigilancia.

–¿Qué significa eso? –inquirió Julián curiosamente.

–Algo que se supone pasará –fue la ambigua respuesta–. Puedo decirle que tenemos un jefe muy imaginativo.

–¿Pero qué clase de cosa podría ocurrir? –insistió Julián–. De todas maneras, ¿qué es lo que va a impedir saliendo esta noche?

Furley volvió a encender su pipa, se metió un frasco en el bolsillo y cogió de un rincón de la habitación un grueso bastón.

–No puedo decirlo –replicó lacónicamente–. Desde luego existe la idea de que desde algún sitio de esta costa se mantienen mensajes con el enemigo. Siento abandonarle, amigo –añadió–. No se quede esperándome. Aquí nunca cierro la puerta. Acuérdesse de cuidar la chimenea; el *whisky* está en el aparador.

–Estaré muy bien, gracias –aseguró Julián a su anfitrión–. Supongo que sería inútil que me ofreciera a ir con usted.

–No se permite –fue la breve respuesta.

–¡Afortunadamente! –exclamó Julián fervorosamente mientras una ráfaga de lluvia penetraba a través de la puerta entreabierta–. ¡Buenas noches y buena suerte!

El rugir del viento amortiguó la respuesta de Furley. Julián aseguró la puerta bajo la que se deslizaba un pequeño arroyuelo de lluvia. Luego volvió a la sala, echó un leño al fuego y colocó uno de los viejos sillones cerca de la fogata.

Capítulo III

No obstante su deliberada intención de abandonarse a un completo reposo, Julián se sintió, después de los primeros momentos de soledad, consciente de una singular y creciente sensación de inquietud. Con la ayuda de un bastón calzado de goma que tenía apoyado en su sillón se levantó poco después y anduvo por la habitación revelando una cojera que tenía la apariencia de ser permanente. En el pequeño departamento de blanco techo su estatura parecía más notable que nunca, como también lo cuadrado de sus hombros y el enjuto vigor de su constitución. Cogió su escopeta un momento y la dejó; miró la tarjeta, colocada en el espejo, que anunciaba que David Grice alquilaba habitaciones y conducía partidas de caza; se apartó con un escalofrío de la contemplación de dos atroces copias de óleos, un calendario, clavado en la pared, que representaba una iglesia y un estropeado mapa de los alrededores, y regresó a la mesa ante la que había estado sentado. Eligió un cigarrillo y lo encendió. Luego empezó a hablar consigo mismo, una costumbre que se había desarrollado en él durante los últimos años de una vida cuyo secreto había impuesto una cierta soledad.

—Quizá —murmuró— soy un psíquico. Sin embargo estoy convencido de que está ocurriendo algo.

Permaneció por un momento escuchando atentamente, con el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos. Luego, agachándose un poco salió al estrecho pasillo y abrió la puerta de la cocina. La mujer que tenían para atenderles se había ido hacía algún tiempo. Todo estaba en orden e inmaculadamente limpio. Subió la estrecha escalera, miró en la habitación de Furley, en la suya propia y en el tercer

cuarto en el que se había arreglado un baño provisional. El resultado fue nulo y volvió a descender las escaleras.

—O me he equivocado —continuó con un leve fruncimiento de cejas— o cualquier cosa que pueda estar ocurriendo sucede fuera.

Levantó el picaporte de la puerta, bajo la que había un pequeño charco de agua, y se asomó fuera. Parecía haberse producido un curioso cese de sonidos inmediatos. De algún sitio, frente a él, al otro lado de aquella negra cortina de oscuridad, llegaba el triste bramido del viento agitando la superficie de los pantanos y detrás, marcando el compás del tiempo en un rítmico y sombrío rugido, el subir y bajar del mar. Pero allí cerca, por alguna razón, todo estaba casi en silencio. Había dejado de llover, el temporal había cesado de momento. La fuerte y salobre humedad era doblemente refrescante saliendo de la estrechez de la pequeña habitación, iluminada artificialmente.

—No hay nada como el aire libre —murmuró— para ahuyentar las fantasías.

Entonces se incorporó súbitamente. Se inclinó luego hacia la oscuridad, escuchando. Aquella vez no había equivocación. Un grito, aunque débil y lastimero, llegaba a sus oídos con precisión.

—¡Julián! ¡Julián!

—¡Voy, viejo amigo! —exclamó—. ¡Espera que traiga una luz!

Retrocedió rápidamente hasta la salita, sacó una lámpara eléctrica del cajón de la sencilla comodita y, sin preocuparse de arreglarlo, salió de nuevo hacia la oscuridad, ahora taladrada para él por aquel solo y brillante rayo de luz. La puerta daba acceso a una carretera rústica, llena de charcos. Al otro lado de la senda había una faja de césped chorreante, luego un ancho dique a través del cual colgaban los restos de una pasarela. La voz procedía del agua, más apagada ahora, pero todavía anhelante. Julián corrió presuroso hacia allí, se arrodilló a la orilla del dique y pasó

sus manos por debajo de los hombros de su amigo, sacándole de las aguas negras y pesadas.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué le ocurrió, Miles? ¿Resbaló usted?

—El puente... se hundió cuando estaba a la mitad —fue la balbuceante respuesta—. Creo que me he roto una pierna. Caí y no pude salir... sólo conseguí sacar la cabeza del agua y cogerme a la barandilla.

—¡Cójase fuerte! —mandó Julián—. Voy a llevarle por la carretera. Es lo mejor que puedo hacer.

Así alcanzaron el umbral de la salita.

—Lo siento, viejo amigo —murmuró Furley; y se desmayó.

Recobró el sentido frente a la chimenea de la salita, encontrándose con los labios humedecidos de coñac y con su salvador inclinado sobre él. Su primera acción fue palparse la pierna.

—Está muy bien —le aseguró Julián—. No está rota.

Si se encuentra bastante bien iré al pueblo a buscar al médico. No hay ni una milla de distancia.

—De momento no se preocupe del doctor —rogó Furley—. Escúcheme. Coja su linterna, salga y examine aquel puente. Regrese y dígame qué es lo que no está conforme.

—Pero —objetó Julián—, lo que necesitamos es un médico. El dique está anegado y supongo que los soportes se habrán hundido.

—Haga lo que le digo —insistió Furley.

Julián se puso en pie, se dirigió cautelosamente hasta el extremo del dique, le enfocó la luz y miró hacia abajo. Faltaba una parte del puente; la otra estaba sujeta entre las hierbas, algunas yardas más abajo, y el único tablón que formaba su base estaba aserrado de parte a parte. Lo contempló un momento con asombro. Luego regresó hacia la casita para recibir otra sorpresa. A unas cuarenta yardas de la senda, oculto por un frondoso seto, había un pe-